

variante más de una creencia que los autores de este libro atestiguan en Burgos:

A mí me han dicho (yo no lo he visto, pero sí he visto los sapos), que, cuando había tormentas, pues los he visto que había veces que caían muchos sapos. Los encontrabas en cualquier lao, pero vivos, no muertos, ¿eh? Que los absorben las tormentas en las charcas, donde se crían, y lo absorbe p'arriba, y luego los devuelve a la tierra, cuando la tormenta cede y empieza a llover y descarga. Pues los cede a la tierra.

Hay que señalar, finalmente, que el libro que reseño cuenta con tres prólogos, llenos de sensibilidad y de erudición, firmados por Joaquín Díaz, por José Manuel Pedrosa y por José Luis Garrosa. Y, también, con completísimos y ejemplares índices de informantes, de pueblos, de colectores, y con un delicadamente poético epílogo de Elías Rubio.

Un título que está llamado, sin duda, a marcar un punto de inflexión en la bibliografía etnográfica española, sobre todo en la relativa a los géneros, tan desatendidos, de las creencias y de las supersticiones asociadas al ciclo agroganadero, al calendario ritual y festivo, a la percepción que, durante siglos y hasta hoy, han tenido los campesinos de nuestro país del cosmos y de la tierra.

LUIS MIGUEL GÓMEZ GARRIDO

Museo Etnográfico de Castilla y León, Zamora

Araceli Campos y Louis Cardaillac. *Indios y cristianos. Cómo en México el Santiago español se hizo indio*. México: El Colegio de Jalisco / UNAM / Itaca, 2007; 547 pp.

Si las creencias religiosas son un componente esencial de identidad de los pueblos, en México esas creencias nos llevan a adentrarnos en un fascinante sincretismo cultural, que se inicia con la evangelización emprendida por los misioneros españoles en el siglo XVI. Es este proceso de aculturación inducida, en el que los indígenas asumen los elementos de la religión cristiana española, pero incorporándolos a su propio

universo, el que genera una serie de tradiciones, festejos, ritos y leyendas que han enriquecido enormemente el bagaje cultural mexicano a lo largo de cuatro siglos.

Probablemente el ejemplo más claro de este sincretismo, que excede con mucho el ámbito religioso, sea el culto a la Virgen de Guadalupe, cuyo origen, desarrollo e implicaciones ideológicas han sido objeto de numerosos trabajos de investigación en las últimas décadas. Menos abundantes son los estudios dedicados a otras figuras destacadas del culto cristiano en el país, como el apóstol Santiago, personaje esencial de la conquista española, que fue transformándose asimismo en objeto de veneración por parte de los indios mexicanos. Al análisis de este peculiar proceso de apropiación, por el que un santo tan español ha adquirido una significativa presencia en la iconografía, los bailes, la tradición oral o las advocaciones de los pueblos en México, se dedica el libro de Araceli Campos y Louis Cardaillac, un trabajo con el que ambos investigadores vienen a ampliar nuestras líneas de exploración sobre este tema desde una doble perspectiva: histórica y antropológica.

Indios y cristianos. Cómo en México el Santiago español se hizo indio está dividido en dos partes bien diferenciadas. En la primera, "Santiago y sus circunstancias mexicanas", se hace un recorrido por los principales elementos que definen el culto jacobeo en México, desde su introducción por parte de las órdenes religiosas en las primeras décadas de la evangelización. Tras un análisis de la labor emprendida por franciscanos, dominicos y agustinos como propagadores de una misma devoción por el santo, el libro estudia la presencia de Santiago en el teatro evangelizador, instrumento esencial de la "conquista espiritual" del XVI; las danzas de la conquista y de moros y cristianos, que han pervivido, con sucesivas transformaciones, hasta nuestros días; la iconografía, referida no solo al santo mismo, sino a los tres elementos que en realidad conforman su culto cuando no lo encontramos como peregrino: el propio Santiago, su caballo y el moro humillado; y finalmente la tradición oral: leyendas y relatos personales que se remontan a menudo a momentos cruciales de la historia mexicana, como la Revolución o la Guerra Cristera, y que se refieren a la ayuda del santo en momentos difíciles, a la protección que da a sus fieles o al origen de la imagen que se venera en la iglesia local. Esta tradición todavía refleja, como el resto de facetas del culto jacobeo,

el sincretismo que encierra la veneración a un santo que fue identificado en un principio con Huitzilopochtli o con Tláloc.

La segunda parte del libro, “Las grandes zonas santiagueras”, es un recorrido por la geografía mexicana en el que, partiendo de una exhaustiva ubicación de las más de 600 poblaciones con esta advocación (prácticamente se duplican las registradas en anteriores trabajos), se analizan los lugares principales, agrupados por regiones étnico-lingüísticas, y se ofrece una explicación histórica de su fundación y una descripción de los templos, tradiciones, festejos y leyendas vinculados al santo.

Esta visión panorámica permite observar rasgos significativos, como el hecho de que zonas geográficas muy alejadas entre sí coincidan en el tipo de leyenda que se atribuye al santo; por ejemplo, las leyendas que nos hablan de esculturas que se hacen más pesadas cuando se intenta alejarlas de su lugar de origen. O el hecho de que determinadas poblaciones hayan aprovechado el culto jacobeo para fines distintos del religioso, como es el caso de la apropiación “comercial” del santo en Santiago Mazatlán, Oaxaca, “capital mundial del mezcal”.

La devoción a Santiago tiene orígenes muy diversos. Mientras en algunos lugares, como el Valle de Santiago, Michoacán, el culto se remonta al siglo XVI, en otros, como Hueytamalco, Puebla, la danza de “moros y cristianos” en honor a Santiago se lleva a cabo apenas desde 1927. Incluso se da el caso de devociones que, como la de Sucila, Yucatán, se han iniciado hace escasamente veinte años.

Los ejemplos citados nos hablan además de la que es sin duda una importante cualidad de este libro: la minuciosidad de las informaciones aportadas. Desde luego, es cierto que se podría profundizar en el estudio de algunos de los elementos descritos, pero adentrarse en los pormenores de todas las fiestas, leyendas, danzas o representaciones iconográficas citadas resultaría tarea imposible —y no pertinente— en un trabajo de conjunto que, en cualquier caso, sí puede definirse como exhaustivo, tanto en la delimitación de su objeto de estudio como en su análisis.

Ahora bien, el principal valor de esta obra es la forma en que aún el conocimiento profundo de la tradición cultural española trasladada a tierras mexicanas en el siglo XVI, el estudio de las culturas indígenas prehispánicas y ese escrupuloso trabajo de campo realizado durante tres años por ambos investigadores. En este sentido, cabe señalar cómo la

aplicación de conclusiones alcanzadas en obras anteriores de Cardaillac (pienso en *Moriscos y cristianos. Un enfrentamiento polémico. 1492-1640* o en la coordinación de *Toledo, siglos XII-XIII: musulmanes, cristianos y judíos: la sabiduría y la tolerancia*) enriquece enormemente el análisis de determinados aspectos del culto mexicano a Santiago y permite establecer paralelismos con el contexto español. Recordemos además que el historiador francés ya había dedicado numerosos artículos y una completa monografía a este “santo de los dos mundos”, lo que se complementa a su vez con lúcidas interpretaciones del proceso de asimilación de esta devoción desde la perspectiva indígena.

Por otro lado, la espontaneidad y frescura de los testimonios orales recogidos, a los que la profesora Campos ha dedicado también otros trabajos, nos sitúa ante una cultura importante, a pesar de su marginalidad social; una cultura viva, en continuo proceso de transformación, que es la que en definitiva justifica la elaboración de un libro de este tipo.

Señala Enrique Marroquín, en la cita que abre las conclusiones de *Indios y cristianos*, que “calificar de ‘sincrético’ al catolicismo indígena no debe ser tomado peyorativamente”, ya que el cristianismo, quizá más que otras religiones, está “en proceso constante de renovación y asimilación”. El riguroso trabajo de Campos y Cardaillac sobre el culto a Santiago es buena muestra de ello.

BEATRIZ ARACIL VARÓN
Universidad de Alicante